



LO
QUE
ARDE

LUCÍA
LÓPEZ
CORCUERA

Una novela sobre el doloroso camino hacia la libertad, el fin del adoctrinamiento del matrimonio y la maternidad; la valentía para romper los lazos familiares, donde la lealtad y la violencia se acepta como parte de la herencia generacional.



ALMUZARA

LO QUE ARDE
LUCÍA LÓPEZ CORCUERA


ALMUZARA

Almuzara México • Almuzara Nuevas Narrativas #1

Lo que arde

© 2025, Lucía López Corcuera

Publicado mediante acuerdo con PaGe Agencia Literaria

© 2025, LID Editorial Mexicana, SA de CV

Bajo el sello editorial Almuzara México

Homero 109, piso 14, oficina 1404,

colonia Chapultepec Morales, alcaldía Miguel Hidalgo,

C.P. 11570, Ciudad de México, México

www.almuzaralibros.com

Primera edición impresa en México: julio de 2025

ISBN: 978-607-26508-4-8

Primera edición en formato *epub*: julio de 2025

ISBN: 978-607-26508-5-5

Dirección editorial: Nicolás Cuéllar Camarena

Dirección de arte: Raúl Aguayo Chávez

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún medio o método sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno 162-1, colonia Granjas Esmeralda, alcaldía Iztapalapa,

C.P. 09810, Ciudad de México

Impreso en México | *Printed and made in Mexico*

LO QUE ARDE
LUCÍA LÓPEZ CORCUERA


ALMUZARA

CULEROS Y/O DISTRAÍDOS

SALGO A CORRER COMO todos los días, aunque últimamente correr se ha vuelto caminar. El cansancio, fruto de tantos años de insomnio, ha convertido a mi cuerpo en material pesado y de poca cooperación. Hoy, en especial, no tengo ánimos de rebotar por el camellón. Camino la mitad del recorrido, pero en cuanto escucho la voz que me dice: *caminando no perderás ni medio gramo, si pareces anciana*, acelero el paso y el regreso corro tal cual ánima que lleva el diablo. Desfilan ante mis ojos, como por arte de magia, las copas de vino tinto, las papitas con chile, las tres quesadillas, los trozos de queso parmesano, todo lo que engullí anoche, mientras buscaba la causa que me provoca despertarme de madrugada con un hambre atroz.

El cuerpo se queja, los músculos se ponen rígidos y las articulaciones me duelen, ni qué decir del corazón que siento que me explotará en cualquier momento; sí, parezco una anciana, no hay duda alguna, casi puedo escuchar el rechinar de mis rodillas. Intento no pensar en el dolor que me provoca cada zancada que doy, aunque mi cabeza trabaja al revés, porque entonces solo pienso en la frasecita de mi marido: *no pain no gain*, la cual me resulta insoportable, ¿por qué se tiene que sufrir hasta para hacer ejercicio? Estoy segura que es el cansancio el que me provoca

el accidentito, pero en este momento juro que veo los árboles moverse, la tierra desencajarse y mi pie cae en un hoyo. Me levanto avergonzada de lo estúpida que soy y de lo distraída que ando últimamente, si pusiera más atención de seguro habría visto el hoyo y no me hubiera caído directito en él. Me siento en la banqueta del carril interior del camellón para recobrar la compostura y darle oportunidad al corazón de recobrar su ritmo normal. Veo el motivo de la caída, mágicamente no hay hoyo ni tierras deslavadas, una simple rama de árbol medio salida de la tierra; ¿cómo?, si lo vi claramente, pero no, no hay nada, por andar en la pendeja me caí, siempre distraída, cuánta razón tiene mi madre.

Hago un rápido análisis de los daños: veo las licras negras, mis favoritas, rotas por la rodilla derecha, bajo la tela tengo la piel arrancada y una herida sangra; ¡puta madre!, nunca me ha gustado la sangre y menos la mía, para mí la sangre es motivo de emergencia, al igual que la fiebre en los bebés. Lo peor no es la rodilla, en cuestión de minutos el pie y el tobillo duplican su tamaño y el dolor me impide moverlo. ¡Putísima madre!, digo, sin darme cuenta que la ofensa sale de mi boca a modo de grito.

En efecto, naciste con dos pies izquierdos, escucho. ¿Cómo me iré a la casa?, aunque estoy cerca no puedo caminar con el pie roto, estoy segura que tengo algo fracturado: un hueso, un tendón, un dedo; porque no solo soy distraída, también soy hipocondríaca, herencia indirecta de mi madre. La impotencia me recorre como un escalofrío por la espalda y la soledad, que tan educada tenía, me invade por completo; cuánta vulnerabilidad para una mujer que se dice fuerte, autosuficiente e independiente. Estoy tirada en medio del camellón, a unas cuantas cuerdas de casa, sintiéndome como si estuviera perdida en el Amazonas, y todo por no llevar celular, con una llamadita a mi marido se solucionaría, vendría a recoger mi cuerpo magullado y se acabaría el problema. Él

analizaría la situación de mi pie con el detenimiento requerido, él es muy detallista y práctico, no da un paso en falso. Me llevaría al hospital, contactaría al mejor ortopedista de la ciudad, se aseguraría de que me operaran y me pusieran los clavos necesarios para fijar los huesos rotos, me mimaría de sobre manera. La cuestión es que no cargo con el celular desde que me enteré de que a varias mujeres que caminan por el camellón han sido víctimas de la delincuencia de este país jodido y les han robado no solo el celular, también el reloj, los audífonos, cualquier cosa que lleven encima; así que yo, que me siento superior a la media, me les adelanto a los ladrones y salgo de mi casa únicamente con la ropa que llevo puesta.

Piensa con la cabeza, escucho; claro, me estoy comportando como una niña indefensa de diez años y no como la mujer de cuarenta y cinco que soy. Que no cunda el pánico, me repito varias veces, mientras pienso que de este accidentito y del berrinche que estoy haciendo no le contaré nada a mi madre, ¿como para qué?, ¿para escuchar: *no te pasó nada, no seas argüendera?* Jamás le diría algo para reafirmar lo que no se ha cansado de decirme desde que nací: que tengo la cabeza en la luna, que hago drama de cualquier cosita y que soy de las que necesitan aval hasta para caminar.

Esperaré a que pase alguien y me preste su teléfono, no es tan grave. Respira profundo, me digo. El camellón a estas horas de la mañana es muy concurrido, no tarda en pasar alguien que se apiade de mí. Busco con la mirada algún transeúnte. He clasificado a las personas que vienen a caminar o a correr en dos grupos: los educados, casi siempre distraídos y los culeros, los que nunca contestan a un escueto buenos días. Por probabilidad alguien del primer grupo se fijará en mí, me prestará su teléfono y le marcaré a mi marido, asunto arreglado. Qué vergüenza hablarle a mi esposo y explicarle la situación; el solo hecho de imaginarme

su cara de padre protector mientras me carga al coche y me va explicando lo grave que es ser tan distraída como yo, provoca que me rueden unas lagrimitas por los cachetes. Como una criatura esperando que su padre la regañe y le dé sus enseñanzas de vida, porque claro que me llevará al hospital y contactará al ortopedista más bueno de la ciudad, pero no sin antes soltar el sermón de la enseñanza, de cómo sí se hacen las cosas bien y yo lo hago mal, hasta caminar. Todo tiene un precio. La desolación me pega de lleno. ¿Hasta ese momento me percaté de que yo soy una hija de mi marido?

Ni cuenta me doy cuando un hombre del grupo de los educados, que resulta ser no tan distraído, llega, se agacha y me pregunta: ¿estás bien?, ya veo que no; se contesta solo. Me limpio las lágrimas con la palma de la mano, lo último que quiero es que alguien de la calle me vea llorar, *tan grandota y tan chillona*, escucho. Lo había visto infinidad de veces, compañeros del camellón, como yo les digo a los que acudimos a las mismas horas, nunca hubo contacto previo, salvo un buenos días, que yo me empeño en decir a todos lo que se cruzan por mi camino, a modo de experimento social, a ver cuántos se añaden al grupo de los culeros y cuántos al de los distraídos. Se sienta enfrente de mí, estira mi pie, me retuerzo de dolor, me muerdo la lengua justo cuando el puta madre huye de mi boca; la manía últimamente adquirida de decir a todas horas puta madre me la tengo que arrancar a como dé lugar. Me desabrocha las agujetas del tenis con mucha delicadeza, luego me lo quita y posteriormente jala el calcetín, el pie ya empieza a ponerse morado y a parecerse a la pata de un elefante; siento otra vez las ganas de maldecir, pero me contengo. No tiene buena pinta, me dice. Se sienta a mi lado, me toca la frente y me enseña la sangre, no me había dado cuenta de que también tengo una herida en la cara; putísima madre, digo al ver la sangre. Qué

pasa que últimamente solo salen palabras altisonantes de mi boca, como si no tuviera otro vocabulario más amplio. Él parece no darse cuenta de mi expresión y dice: ¿qué hacemos? y me da un empujoncito con el hombro, lo que hace que casi pierda el equilibrio; no sé; contesto, no le quiero decir que vivo cerca ni que me preste su teléfono para llamarle a mi marido. Tengo el coche a una cuadra, ¿me esperas y vengo por ti y te llevo a donde tú me digas?, propone; ok, le contesto, de aquí no me muevo; pendeja, haciendo bromitas, me recrimino. Sí, soy una niña, una hija de mi marido. Lo espero y en cuestión de minutos llega, se estaciona justo enfrente, me ayuda a levantar y me carga como costal de papas sin darme tiempo a rechistar, con la cabeza colgada por su espalda y los brazos tocando el suelo. ¡Qué vergüenza!, justo cuando estás más gorda, pobre hombre. Me sube a su camioneta, avienta una mochila y un termo de agua para atrás y arrancamos. Me dejé el tenis; le digo; en la madre, contesta él, se echa en reversa y baja corriendo por el tenis perdido.

Me lleva al hospital Terranova, del cual estamos relativamente cerca, directo a urgencias. No traigo cartera ni dinero ni nada, mejor llévame a mi casa; le digo, al ver que el chistecito se está materializando. No te preocupes, yo pago y luego me lo devuelves, me dice. Es en este preciso precioso instante que debo de decir: no gracias, déjame le hablo a mi marido y que él se encargue, ya que al estar casados él es responsable de mi persona, de mi salud, de mi vida entera, pero no digo nada. Me comportaré como una adulta y no como una niñita de seis años esperando que su papi la salve.

Se baja él primero y trae una silla de ruedas. Me pasan a una radiografía para ver el daño de la caída y nos informan que tendremos que esperar al médico. Tengo que avisar a mi casa, le digo, no menciono a mi marido, digo mi casa, pensando que se

pueda interpretar como marido, hijos, madre; tienes razón, con los secuestros y levantones que hay. Me pasa su celular y marco el número de mi marido, que milagrosamente no contesta, así que le dejo un escueto mensaje: oye, me caí en el camellón y me vine a que me lo revisen, no traigo celular, vuelvo al rato. Se lo devuelvo e intento no mirarlo a los ojos, no vaya a ser que descubra algo más.

Llega el doctorcito, con su bata blanca inmaculada, la radiografía en la mano, la pone en una lámpara de luz blanca: ahí están los huesos que forman mi pie, aunque puede ser el pie de cualquiera. Esguince de segundo grado; dice el doctor con su voz fingida a hombre adulto, profesional, sabelotodo. Intento leer las letras de su bata, quiero cerciorarme de que es ortopedista y no otra especialidad que no tenga relación alguna con los asuntos de pies, huesos, ligamentos, etcétera, pero no alcanzo a leer nada, sin lentes me es imposible distinguir la d de la e. Menos mal no hay desgarró ni fractura, una bota, pastillas para desinflamar y reposo; anuncia el médico con voz triunfal. Debe de cuidar a su mujer, porque con cualquier paso en falso se le puede agravar y entonces sí sería necesario una cirugía; ni él ni yo aclaramos nuestra relación.

Mi rescatista paga la cuenta, cuatro mil pesos mi caída pendeja, aunque no sé en este momento qué tan profundo voy a caer y lo caro que acabaré pagando: los cuatro mil pesos serán lo de menos. Te los pago ahorita en mi casa; no hay problema, te llevo a desayunar, me dice.

En el camino me dedico a ver la calle, el cielo, los árboles, las jacarandas y las primaveras que engalanan los camellones y las banquetas, no quiero mirar su cara, con lo que he visto me ha gustado: unos ojos verdes claros que me recuerdan a los de mi hija, sin ninguna arruga, y esa especie de mueca que parece

que se está riendo todo el tiempo, este es un niño, igual que el doctor, estoy rodeada de jovencitos. *¡Qué ingenua eres!*, la vocecita taladrando mi cerebro.

Vamos al Barra Café, platicamos dos horas seguidas, como si nos conociéramos de toda la vida. Él pide hot cakes y chocomilk, como un niño pequeño y yo, harta de llevar años desayunando huevo por aquello de la dieta, le sigo el cuento y pido lo mismo. Soy una niña, una niña reprimida. La miel se escurre por mi garganta, bálsamo para los malos pensamientos que me sulfuran la cabeza y para distraer la voz de mi madre que ya augura el deshonor que mi conducta le hace a tantos años de sermones que me ha dado a lo largo de mi vida, donde la honestidad tiene el primer lugar, antes que todo, incluso antes que el amor; aunque su concepto de honestidad sea muy diferente al que conoce la mayoría de la gente.

¿Cuántos años tienes?, le pregunto; ¿para qué quieres saber?, es de mala educación preguntar eso; para ver cuántos años le llevas a mi hija, los veo de la edad; le digo a modo sarcástico, de una vez por todas; *bien, mijita, más vale una colorada que varias descoloridas*; sí, tengo una hija, fruto de mi matrimonio. Lo que daría por fumar un cigarro en estos momentos. Él me mira con sus ojos verdes y se ríe: treinta y tres, y ¿tu hija?, pregunta por la edad de mi hija y no por la mía, él sí es educado; veintidós; le contesto, esperando que solito saque sus cuentas. Inmediatamente pienso que a los veintidós ya se es mayor de edad en todo el mundo, pero para mí Sabina siempre seguirá siendo una adolescente, una adolescente insoportable y *¿de quién lo ha heredado?*, escucho la voz, me espanto la culpa lo más rápido que puedo.

Pide la cuenta, saca de su short de correr unos billetes junto a una tarjeta de crédito sujetos por un clip de mariposa, me da ternura este hombre con cara de niño que ni cartera usa. Nos

vamos del café, intento disimular mi torpeza con las muletas, pero si caminando me tropiezo con un pie menos y estos fierros no puedo esperar parecer normal.

Te ves como una loca, más bien recién liberada de un secuestro, me dice; así me siento: liberada. ¿Por qué o qué?, le pregunto; baja el espejo y me veo, puta madre, ahora sí digo con ganas, ¿por qué no me dijiste antes?; me gusta tu *look* desenfadado; ¿desenfadado?, estoy que asusto. La sangre de la frente se secó y eso no es lo peor, estoy enterregada, como niña chamagosa y el recorrido de las lágrimas marcadas, símbolo de mi debilidad a la vista de todos con los que me he cruzado. Con razón la gente se me queda viendo raro, le digo, y yo creía que me veían así porque saben de mis ganas de irme con este hombre a la cama, eso no le digo. Intento quitarme las huellas de las lágrimas, pero no es tan fácil.

No quiero que esto acabe ni que comience, deseo que el tiempo se detenga y así, en este preciso momento, quedarme. La niña asustadiza que siempre ha vivido en mí se recula y da espacio a la mujer a la mitad de su vida harta de que la traten como niña pequeña, ¿o será la adolescente rebelde?

¿A dónde te llevo?, me pregunta; a donde gustes, contesto, lógicamente sin mirarlo, muero de la vergüenza al escuchar mis propias palabras escurrirse de mi boca. *Eres una zorra*, otra vez la voz interior, pero no lo suficientemente amenazante para cambiar de parecer. Acelera a fondo y siento un estremecimiento entre las piernas, la adrenalina concentrada en ese triángulo de placer, había olvidado esa maravillosa sensación, el poder femenino que tenía *azorrrillado* desde que me casé. Un fuego interno que me calienta y me quema por dentro comienza a arder.

Llegamos a un hotel, bastante lujoso para un polvo, como bien dicen los españoles, mejor que cogida, esa palabra no la soporto, es como agarrarte desprevenida y al menos, en este caso, yo estoy

prevenida. Bien me pudo haber llevado a un motel, pero este joven le está gastando a la mañana. ¿Cuánto costará una habitación de hotel en esta ciudad?, nunca me he hospedado en uno y en un motel mucho menos. No me puedo olvidar que la cuenta que le debo a este hombre continúa creciendo. En este momento no pienso los motivos por los que no me lleva a su departamento, después sabré de esas razones: una mujer y un hijo pequeño lo esperan. ¿Cómo iba a pensar que alguien de treinta y tres años sea tan estúpido para casarse y tener un hijo? ¿A esa edad? Olvido por momentos que yo me casé a los veinte y Guillo a los veiticuatro.

EL AMOR ES CIEGO

AMANEZCO CON LOS LADRIDOS de la perra. La soledad en este departamento de soltera se siente aún más que en la casa, donde estaba resguardada por las paredes que me vieron crecer, de niña a madre a mujer. Con las cosas que mal que bien me habían acompañado en todos esos años, conocidas para mí, pero si decidí emprender este viaje sola lo más sensato era irme de esa casa familiar, conyugal y enfrentarme conmigo misma de una vez por todas.

Solo que la soledad fue demasiada y tuve la magnífica idea de adoptar a un perro. Toda la vida, desde niña niña tuve ganas de tener uno, pero ni mi madre cuando era niña de verdad accedió, ni Guillo cuando era niña esposa. Ahora que solo yo llevo las riendas de mi vida no vi impedimento alguno y fui a comprar uno.

El mercado perruno es una locura, los más tiernos son los cachorros con pedigree, los más bonitos, esponjaditos, suavecitos, inocentes. Nunca hubiera creído que existe gente que paga noventa mil pesos por un perro, una auténtica estupidez. Cachorros como productos, yo no puedo ser parte de eso, así que busco albergues de perros abandonados, de raza criolla, de esos que nadie quiere por no llevar sangre azul. Fue fácil encontrar uno en Facebook. Me dirijo allá. Me recibe una mujer mayor, dedicada

al cuidado de estos perros. Gloria, se llama, sin ningún tipo de lujo en su vestir o en su rostro. La ternura la viste por completo. Me recibe muy amable, me da un abrazo tan cálido que casi le suplico que me invite a vivir con ella.

Vamos a las jaulas, me dice, por más que trabaje no se puede mantener limpio este lugar. Escucho aullar a lo que me parecen miles de perros. ¿Cuántos perros hay?, le pregunto; ahorita tenemos ochenta y ocho, de esos quince son cachorros, son los que se van volando, ya ves en lo que se ha convertido la humanidad, todo mundo quiere bebés, sin que estén maleados, limpitos para poder educar como a uno le convenga. En cambio a los mayorcitos nadie los quiere. ¿Quién, en su sano juicio, querría llevarse a un perro adolescente que haga vagancias?, más difícil de educar, y luego están los adultos mayores, que bueno, esos ya son otro boleto; los mantengo porque no hay esperanza para ellos, pero soy incapaz de mandarlos a la perrera municipal donde su futuro es la muerte premeditada.

Camino por unos pasillos largos, las jaulas están a la intemperie, pero techadas. Es un terreno no muy grande como hubiera pensado, pero con espacio suficiente para que los perros se ejerciten. Comenzamos por los más jóvenes: los bebés de la casa, recién llegados al mundo. Cachorritos, mezcla de quién sabe qué razas, brincan emocionados, se pelean entre ellos, juegan con el plato de agua, se muerden unos a otros. A estos les damos croqueta remojada, por que todavía no les salen los dientecitos. Hay cinco machos y nueve hembras. Serán de talla chica-mediana; me dice Gloria, casi segura de que me decidiré por uno de ellos. ¿Puedo seguir viendo?, le pregunto; la realidad es que, aunque son monísimos, de verlos jugar ya me cansé.

Claro que sí, caminemos por las otras jaulas. Aquí están los adolescentes. Si tú corres estos son los tuyos, te aguantan el paso,

tienen mucha energía; dice. Cinco perritos con las patas largas, con los cuerpos deformes, como adolescentes humanos: ni adultos ni niños, aúllan y brincan emocionados contra la reja. Yo corro, le digo, me agacho para tocar a uno que saca la patita por la reja. Me mira con unos ojos casi verdes, implorante, podría ser buena compañía, pienso, aunque me hace recordar a mi hija en la adolescencia. Es buena elección, dice Gloria, no te aburrirás jamás con él. Se llama Indio, pero le puedes cambiar el nombre. Se dispone a abrir la reja para que Indio salga a convivir conmigo, pero le digo, ¿puedo seguir viendo?

Gloria comienza a desesperarse, seguro piensa que me llevaré a algún cachorro y que solo le estoy haciendo perder el tiempo, tiempo valioso para limpiar las otras jaulas. Me mira fijamente, me atraviesa con la mirada cansada. Caminamos un poco más, nos saltamos varias jaulas, supongo que con perros adolescentes y llegamos al área de los adultos mayores. Estos son los ancianos del hogar. La perla que adorna este albergue. Los que nadie quiere de verdad. Los que esperan que la muerte venga rápido por ellos y no los haga sufrir más. Muchos no conocen el amor. Corazones solitarios y resignados a la crueldad de la humanidad. Se me estruja el corazón. Pienso en mi madre.

Abre la puerta de reja. Ninguno de los ocho que hay dentro se mueve. De seguro están acostumbrados a que nadie se los llevará y perdieron la esperanza hace muchos años. No se inmutan, levantan únicamente los ojos para mirarme, primero a mí y luego a Gloria. Trago saliva, recorro con la mirada a los ocho y me detengo en uno que está en un rincón y que no me quita los ojos de encima. Me acerco a él y me agacho. No se mueve. ¿Lo puedo acariciar?, le pregunto a Gloria. Primero ponle la mano en la nariz para que te huela. Así lo hago. Me lame. Lo acaricio en la cabeza y detrás de las orejas. Es grande, de color miel, supongo

que alguna mezcla de Golden o labrador con quien sabe qué más. Este se deja acariciar y ladea su cabeza en mi mano.

Es una hembra. Tiene once años, tiene artritis, se llama Olga, la abandonaron desde cachorro, de un albergue ha pasado a otro, hasta que llegó conmigo. Con cada palabra yo trago saliva, once años suenan a muchos, ¿cuántos viven, o qué?, ¿artritis? Vaya por Dios, cuando escucho: es ciega. Se viene conmigo, digo. ¿Estás segura? Es un paquete grande el que te llevas, me dice Gloria. Difícil, ¿sí entiendes que tiene necesidades especiales?; totalmente segura, Olga se viene conmigo. Olga no te puede acompañar a correr, solo a caminar y le costará trabajo acostumbrarse a los nuevos espacios, si hay escalones no los subirá, por la cantidad de veces que la han obligado y que se ha caído. ¿Segura que no prefieres un cachorro o un adolescente?, dice Gloria, con los brazos en la cintura. Quiero a Olga, digo, segura de mí misma, sin estar para nada segura de lo que digo.

Así es cómo acabo con Olga sentada de copiloto. Tiene la mirada fija no sé en qué, puesto que no ve nada, según Gloria y solo se guía por la voz. Me descubro hablándole chiqueado, como a un bebito recién nacido, pero Olga menos voltea a verme, seguramente le parezco ridícula. Que tengo casi noventa años, casi puedo escuchar que me dice. Tiene razón, a los ancianos uno no les habla como a los bebés, con ese tono tan cursi.

Tengo que cargar a Olga por las escaleras hasta llegar al departamento, menos mal es en el primer piso y nada más son dieciséis escalones. Olga puede ser abandonada, ciega y artrítica, pero pesa una barbaridad.

La primera vez que la cargo me da un ataque de risa, por que me agacho para alzar a Olga pero la bolsa se me cae, o se me baja el pantalón a media pompa, o siento a la perra tambalearse y yo la agarro por los pelos. ¿En qué estaba yo pensando al adoptar a un

perro ciego y anciano, al que le quedan dos días de vida? Ay, si mi madre me viera, pienso, o si Sabina me viera, de loca no me bajarán.

Tengo que encontrar la forma para cargar a Olga para no lastimarla. Yo nunca había tenido perro y las plantas se me mueren por abandono, ahora me tengo que poner muy lista para que esta perra no se me olvide y se me muera de hambre o de sed.

Muy bien, Olga, bienvenida a tu nuevo hogar, le digo, deteniéndome en la puerta, mientras recupero la respiración por el esfuerzo de subir cargándola. Le voy enseñando el departamento, lo bueno que es pequeño y dentro no hay escaleras: aquí es la cocina, aquí la sala comedor, aquí mi habitación, le digo, jalándola de la correa.

Ahora, cada mañana, sea sábado, domingo, lunes o día festivo, me despierto a las seis de la mañana con los ladridos de Olga, señal que quiere hacer pipí. Esta perra ya venía educada, pienso, algo bueno hicieron contigo. Me costó dos días entender que los ladridos a esa hora son porque tiene que hacer sus necesidades, pero los primeros días no encontraba el motivo. A lo mejor era hambre, podría tener sed y no encontrar el tazón con agua, ¿se sentía sola?, ¿tenía dolor?, ¿quería regresar al albergue? Hasta que se me encendió el cerebro y la cargué escaleras abajo y salimos a la calle donde en cuanto sintió el frescor del pasto de la banqueta hizo un larguísimo pipí y luego popó.

Así que ahora ya lo sé. Esta perra es madrugadora. Normalmente bajo con ella, aún en pijama, a esa hora no me puedo cambiar y como sus ladridos son tan fuertes no quiero que los vecinos me llamen la atención. Eso sí, siempre me aseguro de agarrar las llaves, nomás faltaría quedarme afuera a esas horas, con la pijama sexi con la que me empeno en dormir y la perra ciega.

Voy a la veterinaria que está cerca de casa, le compro la camita, las croquetas aptas para su edad, los platos y una ampolleta para las

pulgas, todo esto siguiendo las indicaciones de la señorita detrás del mostrador. Los perros en las perreras están llenos de pulgas y garrapatas; casi vomito al escuchar esto, nomás me falta llenarme de pulgas, hasta siento picor en el cuerpo en cuanto las menciona.

Le acomodo la camita en un rincón de la sala, no sin antes anunciarle que lo haré, al igual que el plato de la comida y del agua, los choco entre ellos y como son de metal ese ruido significa que es hora de comer.

Olga y su discapacidad hacen que yo esté hablando continuamente, así no me siento tan sola y tener a alguien con tantas necesidades bajo mi cuidado me consuela el corazón.

HIELO ABRASADOR, FUEGO HELADO

ESTOY SENTADA EN LA sala de mi departamento, copa de vino tinto en mano, la Olga a mis pies, le gusta sentirme cerca, a mí me da calor, pero no muevo un dedo con tal de que ella esté a gusto.

Las primeras noches noté que Olga se venía a dormir a mi cuarto, al lado de mi cama; lo supe porque ronca como anciana, como lo que es; los ronquidos y los gases que tengo que aguantar. Decido meter su camita a mi habitación, así dormiría en ella y su artritis, de seguro, me lo agradecería.

Hablo con Sabina para darle las gracias por todo lo que hizo en su corta estancia. No tienes nada qué agradecer, mamá, para mí fue un placer, espero que te encuentres mejor. Papá ya me dijo que decidieron tomarse un tiempo cada uno por su lado, solo ustedes saben, pero espero que estés bien, en paz, me dice, me sorprende su madurez y yo que esperaba un sermón tipo madrastra. No le comento nada de Olga, quedamos de hablar más seguido y de que vendrá pronto a visitarme a mi nuevo departamento, ahí podrá conocer a Olga, si aún vive para entonces.

Con Guillo las cosas están en buenos términos. Después de nuestra plática donde él estaba mucho más decidido a vivir sin

mí que yo sin él, ha emprendido un largo viaje con su madre, con Cathy. Dice que la muerte de mi madre le provocó un miedo estremecedor de saber que las madres no son eternas y que pronto la suya, la inmaculada Cathy podría partir al otro mundo. Así que han tomado un crucero por las islas griegas y por las fotos que me manda de vez en cuando al WhatsApp se ve muy contento, más viejo que Cathy, eso sí, a lo mejor la leche matutina era lo que lo mantenía joven.

Sigue esperando que yo me encuentre “sana”, como él dice, para volver al hogar y pasar el resto de los años que nos queden juntos. Yo no estoy tan segura que quiera ponerme sana. Estoy muy bien así como estoy.

Después de mi desmoronamiento en el entierro de mamá, Lito me ha estado buscando. Comenzó por mandarme mensajes constantes, cada rato escuchaba el tin tin del WhatsApp, como no le respondía, más por vergüenza por mi comportamiento en el entierro que por cualquier otra cosa, él insistió. Probó con las llamadas y ahí sí que ya me preocupé y le contesté. Quiere que hablemos, quiere que lo escuche. Por lo pronto dice que está yendo a terapia, psicoanálisis, le está gustando, aunque le duela mucho y llora como magdalena cada vez que se sienta frente al psicólogo, reconoce. Esta confesión no sé si la hace para que empaticé con él, o para hacerme saber que está intentando cambiar, que sabe que la regó, que quiere mi absolución. Yo me he mantenido de escucha, cuando propone vernos, le digo que todavía no me siento “sana” para la plática, que necesito tiempo. Él lo respeta. Le digo que ya hablaremos otro día, lo cual hace al día siguiente en una llamada que puede durar treinta minutos si no me invento alguna excusa.

Intento hacer un balance entre el hielo abrasador y el fuego helado que me domina por dentro y que dicta la manera que tengo de actuar, de relacionarme, de vivir.

He estado tentada a marcarle a Iñigo, pero algo dentro de mí me lo impide, no quiero ser yo la causante de que su matrimonio se vaya al carajo. Lo que tiene que ser será, ahora así vivo, día a día, frase de mi abuela que tengo tatuada en la frente y en el corazón.

He pensado que antes de que me gaste el dinero de mis ahorros y de la herencia de papá debo volver a trabajar, pondré una agencia de bienes raíces yo sola.

Por la mañana salgo a caminar. He cambiado correr por caminar, no me importa mucho, de todas maneras voy que vuelo yo también rumbo a la ancianidad y la artritis. Voy con Olga. Le he puesto un cascabel en su collar y yo en el pie me he puesto otro. Así me escucha y sabe que estoy cerca, no puedo ir hablándole como loca mientras caminamos y nos cruzamos con mis antiguos culeros y/o distraídos. Los distraídos ahora se detienen a preguntarme cómo es que tengo perro y ahora camino en lugar de correr.

Reconozco que cada mañana que bajo a Olga en brazos y la deposito en la calle, con el cascabel en el pie, tengo la esperanza de encontrarme con Iñigo. Entablar una conversación, de seguro se detendría él también, nunca fue de los culeros, y retomáramos nuestra relación pasional. Pero hasta el día de hoy no hemos coincidido y vaya que he cambiado de horarios constantemente, a ver si un día de estos acierto.

Camino y me imagino qué le diré cuando lo vea: ¿le contaré de la muerte de mamá, le platicaré de la historia familiar, le confesaré de Lito y su violencia?, ¿de mi padre y mi falsa adoración por él? Por que estoy segura de que si viviera no se parecería en absoluto al hombre que yo he soñado que sería si tan solo mi madre lo hubiera preferido a él, aunque no fuera sangre de su sangre, en lugar de a mi hermano. ¿Le contaría tantas cosas?

Camino despacio, no quiero acelerar a Olga. Ella se va deteniendo. Hace pipí cada dos pasos, no sé si marcando territorio o

por la incontinencia de la vejez. Huele las plantas y los troncos de los árboles. Ladra cuando siente a alguien que se acerca. Si está muy cansada se sienta, se pone en huelga y no la puedo jalar. Me siento a su lado, la acaricio, le hablo al oído, sin que nadie nos oiga y nos juzgue de locas.

¿Quién iba a decir que ibas a ser tan buena cuidadora de ancianos?, casi casi la Madre Teresa de Calcuta, escucho; reconozco la voz.

La voz de mi madre.

Sonrío.



El día en que Erin se tropieza corriendo parece un simple accidente, cuando en realidad es el punto de quiebre: aquí comienza el desmoronamiento. Mientras espera que alguno de los transeúntes (malvados o distraídos) se apiade de ella, la verdad la golpea: *soy hija de mi marido*. Tal vez sea el destino o la señal que llevaba tiempo esperando: encontrar la grieta por donde escapar de una vida aparentemente perfecta al lado de su esposo y de su hija.

Una novela donde lo cotidiano y el deseo se mezclan, los recuerdos y los sueños se confunden con la realidad, y la búsqueda de significado se dilucida en la voz de la conciencia de una madre y de una abuela, evidenciando lo frágil que puede ser la memoria.

Con un humor perverso, la novela hace visibles las emociones y los miedos más arraigados: aquellos que vienen de nuestras historias familiares; violentas, ocultas y secretas y a las que profesamos una lealtad que parece irrompible.

Una historia sobre la fuerza de una mujer, su humildad al reconocerse parte de un engranaje familiar y la valentía que consigue reunir para romper con los lazos invisibles que la atan a su linaje.

ISBN 978-607-26508-4-8

